

pañado con la doctrina, con los talentos y con la piedad, y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros que ella desprecia y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos del todo. Estas ofrendas defectuosas y estas conversiones imperfectas, forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Correspondamos con fidelidad, como María, á los fines de Dios para con nosotros; mantengámonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia; nunca impidamos con injustos deseos, disimulados con pretextos santos, los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios, y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva, que le extiende á todo lo que Dios nos pide, y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia para hallar la consumacion en el cielo. Amen.



SERMON

PARA LA FIESTA DE LA ENCARNACION.

Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.

Anunciamos la sabiduría de Dios, oculta en su misterio, la que no ha conocido ninguno de los príncipes de este mundo.

1. Cor. 2. v. 7. et 8.

El que los caminos de Dios son por lo comun distintos de los del hombre, y el que la eterna sabiduría en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana, se ve principalmente en el misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí, católicos, un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella, que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos, que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios, ha sido en todos tiempos ó escándalo ó locura para la prudencia de la carne, y aun hoy la sabiduría de Dios en este misterio es absolutamente incógnita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la ver-

dad, el mundo no conoce mas verdadera grandeza que aquella que se manifiesta á los sentidos; el mundo no tiene por verdadero honor sino el vivir entre los placeres y abundancia; el mundo cree haberle tocado por herencia la razon, y llama siempre al juicio de sus propias luces las obras del Señor.

Sobre estos tres errores estribaba toda la ciencia de los hombres antes de que el Altísimo se dignase de visitarlos con su misericordia. Los judíos solo suspiraban por la gloria y grandeza temporal de un Mesías carnal que habia de subyugar todos los imperios y hacer á todas las naciones tributarias de Jerusalem; los filósofos solo esperaban el remedio de sus males de los vanos esfuerzos de una razon enferma; los príncipes, los potentados y el pueblo, buscaban en los deleites de los sentidos lo que no habia puesto en ellos el Autor de la naturaleza y una felicidad indigna del hombre, y este mismo es aún el deplorable estado del mundo despues del cumplimiento del gran misterio de piedad.

Hoy, pues, intento manifestar cómo la sabiduría de Dios, oculta en este misterio, confunde estos tres principales errores, en que consiste propiamente toda la ciencia humana. Primeramente, el Verbo en él se anonada, y con este anonadarse nos enseña que el hombre no puede amar la elevacion sin injusticia. En segundo lugar, el Verbo se carga en él de nuestros dolores y trabajos, y este ministerio nos descubre que no puede ya el hombre amar los deleites sin pecado. Finalmente, en él se une el Verbo á nuestra carne, y proponiéndonos esta union incomprensible como el objeto de nuestro culto y el único alivio de nuestros males, nos enseña que ya no puede el hombre contar con su razon sin temeridad. Un Dios anonadado ensalza la hu-

mildad; un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos; un Dios unido al hombre hace callar la razon y aun hace razonable la fe. Manifestemos estas tres verdades, pues en ellas se encierra toda la doctrina del gran misterio de misericordia. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La soberbia ha sido en todo tiempo la herida mas peligrosa del hombre. Como nació para ser grande y Señor de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior estas primeras impresiones de su origen. Hallando continuamente en su corazon no sé qué secretos dictámenes de su propia excelencia que no le borró del todo su caida, se entregó desde el principio á tan lisonjeras inclinaciones; solo intentó irse elevando de grado en grado, y no hallando acá en la tierra nada que pudiese satisfacer á la grandeza de una alma que solo habia sido criada para reinar con su Dios, subió mas arriba de las nubes y se colocó al lado del Altísimo. De aquí provino hacer el hombre que se le tributasen honores divinos. El hombre se rindió al hombre mismo, y el universo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer y que habian venido muchos siglos despues que él.

No obstante, el hombre despues de la culpa no es mas que un vil esclavo. Todo lo que le ensalza le saca de su estado natural, pues el honor solamente es debido á la inocencia, y al vicio solo le corresponde el desprecio, y si aun le queda alguna esperanza de recobrar su primera grandeza, solo puede ser confesando su bajeza con humildad.

¿Pero cómo podria el mundo persuadirse á una verdad tan nueva, desautorizada con la doctrina de todas las sec-

tas, con la preocupacion de todas las naciones y con los mas vivos sentimientos del corazon humano? Confieso que los justos de los antiguos tiempos, que precedieron la venida del Salvador, dejaron grandes ejemplos á los hombres. ¿Qué es el hombre, ¡oh Dios mio! exclamaba un santo rey, para que os digneis de bajaros hasta él y visitarle? ¿os habeis olvidado de que yo en vuestra presencia soy como una béstia sin razon, y que la nada es el único apoyo en que estriban mis fuerzas?

Pero estas solo eran instrucciones y el hombre necesitaba de remedios. Estos modelos eran insuficientes; los hombres no podian inspirar el amor de una virtud que ellos no amaban, pues un culpado que se humilla puede hacer que se aborrezcan sus delitos, pero no que se amen sus humillaciones; tenia, pues, la miseria humana necesidad de un ejemplo que al mismo tiempo fuese su remedio. Era necesario instruirla y curarla juntamente; y este, católicos, es el gran misterio que hoy obra la sabiduría de Dios en Nazareth en el seno de María despues de la esperanza de tantos siglos, de los deseos de tantos justos y de los oráculos de tantos profetas.

Permitidme, pues, que para sacar de este adorable misterio las importantes instrucciones que en él ha escondido la divina sabiduría, os advierta cuáles son los principales caracteres de la soberbia humana y la oposicion que tienen con aquel anonadarse del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

El primer carácter de la soberbia es aquel error que nos hace salir, por decirlo así, de nosotros mismos; y que para ocultarnos aquel interior y humilde dictámen de nuestra miseria, busquemos para nosotros mismos con gusto en las cosas que están fuera de nosotros, en las riquezas, en los

títulos, en las dignidades, en la reputacion y en el lustre del nacimiento, una gloria cuyo origen solo debiera estar dentro de nosotros mismos.

Las circunstancias exteriores, católicos, de la encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error. A la verdad, ¿no parecia que un misterio, cuyas figuras habian sido tan pomposas, los preparativos tan augustos, las promesas tan magníficas y las sombras, por decirlo así, tan brillantes, debiera haberse cumplido en la plenitud de los tiempos, aun con mas resplandor que aquel con que habia sido prometido, y que pues unas señales tan ilustres habian anunciado tantos siglos antes á los hombres que el Altísimo habia de visitarlos, debia ser acompañada su venida de tanta gloria y majestad que no pudiera equivocarse?

Con todo eso, no hay cosa mas oculta á los ojos de los sentidos que lo que hoy pasa en Nazareth. La santa doncella, preferida á todas las demás doncellas de Judá, y en cuyo seno se obra el inefable secreto del abatimiento de un Dios, nada tiene que la distinga en su tribu sino su pudor y su inocencia. El resplandor de la sangre que tiene de David está oscurecido con la bajeza de su fortuna. Su oscuridad ha hecho que casi se ignore su origen. No se abren los cielos como en otro tiempo sobre el monte Sinai para disponer caminos de luz al Dios que baja á la tierra. No le rodean los ángeles para anunciar á los hombres su venida con el ruido de relámpagos y trompetas; no resueñan las montañas; no bajan nubes de gloria para llover al justo, ni aun la casa de María tiembla, como otro Cenáculo, para significar el santo horror con que está sobrecogida con la presencia del Dios que en sí recibe. Un solo ministro del cielo, invisible á todos los hombres, se aparece á María en el silencio, bajo la simplicidad de una humana

forma, como para honrar en sí mismo, ocultando su gloria, la humildad del Dios de quien es ministro. Nazareth, ciudad la mas despreciable de Judá, y de la que era fama pública que nada podia salir que hiciese honor á Judea; Nazareth, vuelvo á decir, en donde se consuma este misterio, le ignora del mismo modo que Jerusalem. Aun el mismo José no sabe el secreto de la embajada celestial, y solo el rincon en que está oculta María es el confidente de un prodigio en que tanto se interesa el mundo entero. En los demás misterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este, todo es oscuro, nada habla á los sentidos, porque en él el fin de la divina sabiduría es corregir los errores y sustituir los nuevos caminos de la fe á las antiguas ilusiones de la humana sabiduría.

A la verdad, católicos, que hasta entonces habian creido los hombres que las prosperidades temporales eran favores del cielo, la reputacion un bien sólido, y los grandes talentos los mas dichosos beneficios de un Dios favorable; que las distinciones de puesto y de nacimiento tenian un verdadero resplandor y no eran indignas de los cuidados y estimacion de los hombres; pero en este misterio la sabiduría de Dios nos descubre un nuevo orden de cosas; pone presente á nuestra vista un mundo en todo nuevo y espiritual, nuevos bienes, nuevos honores y nueva gloria, y reformando nuestros juicios nos enseña que la inocencia y la virtud son las únicas riquezas del hombre; que todo el mérito del alma fiel está oculto en su corazon; que un solo grado de caridad ensalza mas á un cristiano que el imperio del mundo entero; que la paciencia, la humildad y benignidad son los mayores talentos de un discípulo de Jesucristo; que el vencerse á sí mismo á la vista de solo Dios, es una gloria mas sólida y mas inmortal que la conquista de las provin-

cias y reinos; y finalmente, que nuestra grandeza exterior no es mas que una fantasma que nos burla, y que solo es grande el que es santo.

Ahora bien, católicos, ¿no se ignora todavía en el mundo esta sabiduría? *Dei sapientiam quam nemo principum hujus seculi cognovit.* ¿En dónde están los que miran con ojos cristianos el vano espectáculo de la gloria humana, y que guardan toda su admiracion para los dones de la gracia y para el mérito de la santidad? ¿Quién se granjea antes nuestros respetos, ó un ambicioso que á la frente de un pueblo de hombres armados consigue victorias y llena al universo del ruido de su nombre y de su vanidad, ó un justo acompañado solamente de su inocencia, que sabe sufrir una injuria, sostener una humillacion, ahogar un sentimiento y que sabe pelear y vencer para el cielo? ¿Por qué caminos intentamos distinguirnos nosotros mismos de nuestros prójimos? ¿Es acaso por medio de una caridad mas viva, de una fe mas abundante, de una conciencia mas pura, de una fidelidad mas inviolable á todas nuestras obligaciones? ¡Oh! nos gloriamos de un nacimiento ilustre, como si la gloria de nuestros antepasados fuera nuestra y no fuera para nosotros oprobio y bajeza, cuando solamente conservamos su nombre sin sus virtudes. Contamos nuestros títulos y nuestras hazañas militares como gloriosas prerogativas que nos ensalzan sobre los demás hombres, y no vemos que la casualidad, el favor, la temeridad, la coyuntura han tenido mas parte en estos honores que la obligacion y la virtud. Nos adornamos con las eminentes dignidades que nos distinguen en nuestro pueblo, y no conocemos que los mayores puestos son los mayores escollos, que aumentan nuestras obligaciones sin aumentar nuestro mérito. Nos gloriamos de la superioridad de nuestras luces y

de nuestros talentos, é ignoramos que el mas vasto conocimiento del espíritu humano es una luz pueril si se limita á las cosas presentes y nos hace perder de vista las eternas. Sí, católicos, las grandezas y distinciones de la gracia y de la fe á nadie mueven. Miramos lo eterno como si no existiera. ¿Pero qué le importa al cristiano ser desconocido ó brillar á vista de los hombres, pues en la realidad no es otra cosa mas de lo que es en la presencia de Dios? La fe nos despoja de todo lo que no es exterior, y solamente ve en nosotros á nosotros mismos.

El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada tiene el mérito, aun de la misma virtud, mientras está oculto, y solo aborrece en el vicio la confusión y el oprobio; como si el vicio y la virtud no fueran mas que opiniones, y solo pudiera el hombre ser grande ó despreciable en la idea de los demás hombres.

El haberse, pues, anonadado el Verbo en este misterio, confunde esta vana atención á los juicios humanos; y á la verdad, el Hijo de Dios no baja á la tierra sino para glorificar á su Padre y volver á tomar en los corazones de los hombres los honores que le habian usurpado las criaturas. Este intento pedia, al parecer, que se les manifestase con toda su gloria resplandeciente como en el Tabor, y que se dejase ver tan glorioso y tan digno de sus respetos como se dejó ver entonces á sus discípulos encantados con la dulzura de este espectáculo. Entonces sí que se lo hubiera llevado todo tras de sí, y la incrédula Jerusalem no hubiera visto á sus ciudadanos dividirse acerca de la verdad de sus prodigios y de la santidad de su doctrina y ministerio.

Con todo eso, no quiere que el resplandor y majestad sea quien triunfe de nuestros corazones, sino la humildad y los oprobios. Oculta todo lo que es en sí, no da á nadie su

gloria, sino que, digámoslo así, se la quita á sí mismo. Nada de cuanto tenia de grande en el seno de su Padre le acompaña á la vista de los sentidos en el seno de María. Su poder se muda en flaqueza, su infinita sabiduría no es mas que una razon que empieza á manifestarse; su inmensidad parece estar encerrada en los límites de un cuerpo mortal, la imágen de la sustancia del Padre está oculta bajo la vil forma de esclavos; su eterno origen empieza á contar tiempos y momentos. Finalmente, aparece anonadado en todos sus títulos.

De este modo, luego que se manifieste en Judea, le disputará la incredulidad la suprema autoridad de su sacerdocio. *¿Quién es este, dirán, que viene á perdonar los pecados?*¹ El temor de las potencias de la tierra hará que rehusen el conocerle por rey y le harán pagar el tributo como á un esclavo; la prudencia de la carne tendrá por locura su divina sabiduría; sus mismos parientes le mirarán como á un insensato: *Quoniam in furorem versus est.*² La envidia le degradará de su divino nacimiento, y sus conciudadanos publicarán que no es mas que un hijo de María y de José. Finalmente, un falso celo le quitará la eternidad de su duración y querrán apedrearle solo por haberse atrevido á decir que era antes que Abraham.

Pero la opinion de los hombres nada mudará en la aparente oscuridad de su ministerio; él se manifestará, á la verdad, suficientemente para ser conocido de los judíos espirituales y fieles; sus obras, su doctrina, Moisés, los profetas, las divinas Escrituras darán testimonio de él. Y el que amase la verdad será imposible que no le conozca, pero no

¹ Luc. c. v. 49.

² Marc. 3. v. 21.